

Discurso de Luis Schmidt Montes

Presidente de la SNA

Enagro 2008

6 de octubre

Bienvenidos al tradicional almuerzo del agro, que corona el evento más importante del quehacer agropecuario del país: nuestra Enagro.

Por primera vez la Presidenta Michelle Bachelet no nos acompañará en este encuentro. Lo sentimos, pero entendemos que no fue su voluntad sino que se vio impedida por razones de Estado, con un sorpresivo viaje al exterior.

Un saludo muy especial a la Sra. Ministra de Agricultura, Marigen Hornkohl, al Presidente del Senado, a los parlamentarios, al Presidente de la CPC, a los jefes de servicios de la administración del Estado, a los medios de comunicación y a todos los agricultores presentes y a quienes no han podido estar con nosotros y nos escuchan en directo por Radio Agricultura.

Hemos dedicado esta mañana a analizar el nuevo escenario mundial y los cambios estructurales que se vienen y que ya nadie pone en duda. Estamos definitivamente frente a un cambio estructural, frente a un mundo de amenazas y oportunidades. Las amenazas las sabremos sortear y las oportunidades, aprovechar, tal como lo hemos hecho en estos 170 años desde la creación de la SNA.

Hoy, podemos mirar el pasado con orgullo. Hace treinta años, la agricultura exportaba unos 200 millones de dólares, hoy, exportamos más de 11 mil millones de dólares, cifra detrás de la cual hay grandes esfuerzos de inversión y diversificación de mercados y productos.

Sólo en frutas, mientras en 1978 el país enviaba alrededor de 100 millones de dólares, hoy envía más de 2.800 millones de dólares. Actualmente, tenemos en Chile 324 mil hectáreas dedicadas a frutales, 160 mil a viñas para vino. Contamos con 700 mil hectáreas de cultivos anuales; y 300 mil hectáreas de riego tecnificado.

Ayudados por los acuerdos de libre comercio, en la última década hemos conquistado los mercados de Asia y Europa, con una diversificación creciente de productos. Hoy, exportamos 2.655 millones de dólares en productos agroalimentarios a Asia, 2.977 millones de dólares a Europa y 3.572 millones de dólares a América del Norte: 16 veces más que hace tres décadas.

Además, hemos incorporado rubros emergentes a las exportaciones. Hace 30 años soñábamos con vender carne y leche al resto del mundo. Hoy, enviamos carnes de alta calidad a mercados exigentes en Estados Unidos, Europa y Asia. Vendemos al extranjero un cuarto de la producción láctea nacional y somos los primeros exportadores de uva de mesa, el segundo en manzanas y paltas, el quinto mayor exportador de vino y el sexto mayor exportador en carnes de cerdo del mundo.

Todo esto nos permite decir con orgullo que llegaremos al bicentenario con exportaciones silvoagropecuarias y agroindustriales por más de 14

mil millones de dólares, que correspondería al 48% de las exportaciones no cobre o mineras.

Estos números dan cuenta de lo que hemos sido capaces y demuestran que los agricultores chilenos hemos respondido con entusiasmo a los desafíos del desarrollo.

Por eso, estoy convencido de que también seremos capaces de responder a los retos y exigencias que nos trae este nuevo ciclo mundial.

Sin embargo, junto a estas buenas noticias hay señales que deben preocuparnos si, efectivamente, queremos llegar a ser una potencia agroalimentaria.

Hoy, existe un consenso entre los expertos respecto de que viene una recesión internacional de una dimensión difícil de cuantificar con ramificaciones graves hacia el ámbito financiero y de los commodities.

Quienes creen que una mayor presencia del Estado es la solución, están equivocados. Sólo el dinamismo y la creatividad de la empresa privada nos sacarán, una vez más, de esta seria crisis.

Afortunadamente, las políticas prudentes del ministro de Hacienda nos protegerán de males mayores y los países más golpeados en la región serán justamente los más estatistas y populistas.

No obstante lo anterior, Chile no aprovechó bien la década de bonanza internacional que ahora termina. Si bien hemos mantenido el crecimiento estos años, éste no ha sido todo lo veloz que quisiéramos.

Nuestro país ha bajado posiciones en los rankings de competitividad mundial. En el 2003 Chile ocupaba el lugar 15 en el ranking de competitividad del International Institute For Management and Development (IMD). Hoy estamos situados en el lugar 26. Ello es un llamado de alerta y nos recuerda que no estamos solos: competimos precisamente con los mejores del mundo. Ellos son nuestros referentes en esta carrera de progreso y bienestar.

Aspiramos a entrar al círculo de los países desarrollados y, para ello, debemos abordar profundas transformaciones en la forma en que hemos venido haciendo las cosas.

Hemos tenido avances, es justo reconocerlo.

Las autoridades económicas han avanzado –aunque no tan rápido y oportunamente como hubiéramos querido- en adoptar medidas para el fortalecimiento de la competitividad. Finalmente, después de nuestros insistentes esfuerzos, el Banco Central decidió aumentar de manera neutral sus reservas internacionales, lo que significó de inmediato revertir la sostenida caída del tipo de cambio. Se ha aprobado la reducción temporal del impuesto específico a los combustibles, la eliminación del impuesto de timbres y estampillas a las PYMES y la bonificación al uso de biocombustibles.

Se ha creado una instancia superior de Imagen País para abordar, con una perspectiva de largo plazo, el desafío de darnos a conocer más ampliamente en el mundo y aumentar así el valor de Chile como marca.

Pero, como ya anuncié, no todas han sido buenas noticias.

Los hechos han demostrado que la SNA tenía razón: el dólar no estaba en su precio de equilibrio. Y lamentamos, que tardíamente el Banco Central haya tomado las medidas para acercar el valor del dólar a su precio de equilibrio de largo plazo. La recuperación del tipo de cambio llegó tarde para la fruta y los vinos y hoy vemos en la prensa los remates de numerosas viñas, en un intento por reconvertir esta capacidad productiva. Las alzas de precios de los commodities, que trajeron aire fresco a los productores de granos y lácteos, ha terminado. La severa sequía del verano y los crecientes costos de los insumos han puesto en riesgo los márgenes de estos negocios agrícolas. Solamente desde septiembre del año pasado, los fertilizantes han subido a más del doble, el petróleo ha aumentado su valor en 40% y la electricidad en 50%.

Entre marzo y agosto, los precios del trigo cayeron 39% y el valor internacional de la leche ha tendido a bajar en 22% en los últimos 6 meses.

Y aunque la producción pecuaria exhibe un crecimiento en lácteos y carnes, también ha enfrentado momentos difíciles. El episodio de las dioxinas en los cerdos constituye un remezón para la industria; la sequía del verano provocó una liquidación anticipada de ganado que se está notando en la menor oferta de carne estos meses. Los mayores costos internos de producción –derivados de altos precios de los fertilizantes, de la energía y de los costos de los granos- han empujado el precio al alza pues las carnes importadas también han

subido de precio.

Como hicimos ver a las autoridades, el financiamiento de los programas de fomento a la recuperación de suelos se eliminó y esperamos que el Ministerio ya haya obtenido los fondos -3.300 millones de pesos- para atender los concursos ya iniciados, confiados en la palabra presidencial y ministerial.

Por su parte, los dos serios episodios de emergencias climáticas –las heladas y luego la sequía del verano pasado- nos han enseñado una lección: debemos establecer procedimientos expeditos y transparentes para canalizar recursos para atender las emergencias oportunamente y mejorar sustantivamente los sistemas de seguros climáticos.

Creemos también que las políticas agrícolas no deben ser asistencialistas. Debemos fomentar las inversiones para elevar la productividad de los agricultores. Instrumentos como los programas dedicados al fomento al riego, a la recuperación de suelos degradados o al fomento forestal deben contar con reglas permanentes y de largo plazo pues apoyan al desarrollo del enorme potencial productivo agrícola que tenemos, que demanda fuertes inversiones con un largo período de maduración, como es el caso de las praderas, las plantaciones frutales y las forestales.

La agricultura es el motor de las economías locales y la actividad económica que más aporta a la reducción de la pobreza. No cerremos esta puerta de oportunidades creyendo que con acciones asistencialistas vamos a incorporar a los menos capaces al carro del desarrollo. No confundamos las políticas agrícolas con las políticas de

superación de la pobreza.

Tenemos una profunda convicción respecto del papel fundamental que tiene la capacitación en el desafío de convertirnos en potencia agroalimentaria. Tenemos la obligación moral de desarrollar oportunidades para cientos de miles de trabajadores que no tuvieron la posibilidad de educarse y que hoy pertenecen al segmento menos calificado. Me refiero a la prioridad de perfeccionar a nuestros trabajadores, jefes de packing, encargados de huerto, veterinarios, ordeñadores, jefes de cuadrilla y aplicadores de agroquímicos que deben competir con trabajadores de otras latitudes, infinitamente más calificados. Sí, porque un trabajador lechero del sur compite con un australiano o un neozelandés que opera en modelos productivos incomparablemente más eficientes que la mayoría de los nuestros. Un podador de uva de mesa compite con el más productivo de los trabajadores californianos. Por lo tanto, necesitamos capacitarlos.

Es por ello que la SNA, a través de Codesser, nuestra corporación educacional, ha enviado más de 60 alumnos a capacitarse a Nueva Zelanda.

La franquicia tributaria del Sence es una herramienta eficaz para mejorar la empleabilidad de los trabajadores, como lo demuestra un estudio de la Universidad Católica, pero debemos destrabar los procedimientos para su aplicación y mejorar las condiciones para una puesta en marcha más masiva en la pequeña y mediana empresa, que es la realidad de las firmas agrícolas de nuestro país. El Sence debe modernizarse y aumentar los montos de las franquicias para las

Pymes.

Tenemos muchas esperanzas en **el Programa de Becas Bicentenario**, que anunciara la Presidenta de la República en su mensaje anual al Congreso.

Si queremos competir con los mejores del mundo necesitamos apoyo para reconvertir y adaptar permanentemente nuestros recursos humanos y procesos productivos. Estas son las competencias de segunda generación que tenemos que desarrollar en este nuevo escenario de cambio que vivimos.

No puedo dejar de mencionar lo clave que resulta trabajar en un ambiente de paz y entendimiento. Lamentamos los incidentes que han ocurrido en las zonas rurales del sur de nuestro país, donde grupos violentistas, arrogándose la representación del pueblo mapuche, violan los derechos básicos de honestos hombres de campo. Tal como lo difundió hace unos días un estudio en esta materia, estos hechos desalientan las inversiones y sumen a las familias de esos territorios en un mundo de desesperanza y destierro. ¡Ellos no se lo merecen!. ¡Chile, tampoco!

Las relaciones laborales resultan vitales para el emprendimiento y en esta materia tenemos mucho que avanzar. Las sobrerregulaciones y las rigideces laborales, por muy bien intencionadas que sean, perjudican a la larga a los propios trabajadores y también a quienes no logran empleos estables. Esto que es válido para todos los sectores, lo es mucho más para la agricultura por sus peculiares características productivas. Y en la actual situación internacional de crisis es

fundamental.

En el tema de financiamiento, es importante modificar la ley de bancos para que la gran empresa se financie en el mercado de capitales emitiendo bonos y acciones y dejando el espacio que hoy ocupan en la banca para el financiamiento de las pymes. También es clave desarrollar nuevos instrumentos financieros aptos para la realidad agrícola; sometamos a evaluación los actuales programas de fomento para buscar su perfeccionamiento, demos estabilidad a las buenas experiencias: establezcamos mediante una ley con vigencia indefinida, el fomento a la recuperación de suelos degradados, el fomento a las obras de riego, el fomento forestal junto con un apoyo financiero a las inversiones en manejo del bosque nativo. En materia laboral, avancemos en acuerdos para flexibilizar las relaciones laborales, para promover la capacitación y la formación técnica de los trabajadores y jóvenes dentro del ámbito de la empresa, como tan exitosamente lo han aplicado en países desarrollados.

La actividad agropecuaria es el pilar del desarrollo humano sustentable en gran parte de las regiones del país. El Chile de los medianos y pequeños empresarios y agricultores merecen una alta prioridad en las políticas públicas. Ellos quieren ser protagonistas del desarrollo económico.

Al finalizar estas palabras, renovamos nuestra confianza en la Agricultura Nacional y su papel preponderante en el desarrollo del país. Los agricultores estamos acostumbrados a superar las contingencias naturales, los problemas económicos, incluso la

indiferencia e incomprensión. No nos desalentamos. La crisis financiera que comienza, también será fuente de oportunidades para el Agro, lo que nos hará trabajar cada día más fuerte y unidos.

Señores agricultores, estimados amigos, tengan la más absoluta seguridad de que la Sociedad Nacional de Agricultura está trabajando intensamente para generar las mejores condiciones para nuestra actividad. Conocemos los problemas y lucharemos por resolverlos. Conocemos nuestras fortalezas y lucharemos por desarrollarlas. En eso estamos.... Queremos un Chile Agrícola cada día más próspero, más solidario, menos desigual, con un buen presente y un mucho mejor futuro.

Muchas Gracias.